
Pablo Neruda viene volando

□ Agustí Bartra

Tuteador del mundo, te ha mirado el ojo calcáreo,
y los párpados de la tierra han recibido tu caída,
y de eco en eco chillan las más jóvenes montañas.
Un peso terrible aplasta el tallo de tu patria,
interminables lenguas de fúnebre harina
lamen la sombra enrejada de los negros sillones
y los tristes regimientos despiertan en los muros
de las auroras trágicas los enjambres de la bala,
mientras la sal se rasga en las olas alzadas,
viajan las cucharas hacia el dolor de los copihues
y el toro clandestino sube a las cordilleras
una guitarra blanca . . .

Hablo de ti, Neruda, a las marchitas hierbas,
al almendro que espera su futuro de estrellas,
a la mar que recuerda los pies de tu viaje,
porque tu voz vivía de salobre magnolia,
de altas mujeres marinas destrenzadas y desnudas
y del largo vuelo abierto de la gaviota heráldica.
Y hablo de ti, Pablo, a la ausente golondrina,
esparzo tu nombre de centella en el aire de la tarde
y lo grabo con pistilo amarillo en el silencio del alma:
¡Huérfanas de ti, qué tristes se deshilan las lluvias!
Locomotoras grises, tus sollozos pastan,
gastados de beso y de ira.

Te me acercas, veloz, vestido de cerezo
como un dios ensangrentado que mi mano busca.
Desde el corazón de la ceniza, desde tu embudo negro.
sé que murmuras aún, de noche y sin estrellas,
el secreto del trigo que quiere ser campana.
Enemigo de la arruga, gran padre seminal
de tu verbo paquidérmico ¡oh ven, entre las rocas,

a pronunciar tu sermón de hombre que cree en el árbol!
Sin medallas el corazón, tráeme la Cruz del Sur:
déjala sobre el Carro, siémbra la en nuestro rincón,
y haz estallar el ruido de tu risa
de velas magallánicas.

Ven con llanto forestal y dulce gemido de corza,
hermano de la ternura solar y taciturna,
destructor de columnas, huésped de la materia
coronado de halcones y rosales meteóricos.
Ven. Hay que hablar todavía, con las manos y la boca,
de cómo, entre nosotros hemos de rehacer todo el hombre
y dar un corazón de alondra a la noche que late.
Aún tienes los dedos empolvados de polen.
Ven. Leeremos juntos lo que el viento
sencillamente escribe sobre las altas piedras.
He de subir a tu cara el congregado incendio
de la amapola tenaz.

Vivo en medio del invierno, y ya ves que te recuerdo,
amigo de un año de México y de un exilio joven;
vivo en medio de este campo las raíces y la espuma
que juntos compartimos en la dulce luz náhuatl,
y alzo el ramo de madrepora que tú me diste un día.
Y mientras vienes volando a golpes de ola seca,
envuelto con sonidos de cometa y palmera,
aliso tierra vieja para tus altas mieses,
para tus ígneos huesos de lloviznada música,
y empuño la caracola, la hoz y la granada.
Porque entre el amaranto hemos de hablar del hombre
que se arma en el rocío.

Tú también vienes volando como el Alberto Rojas
Jiménez de tu terrestre residencia.
Vienes volando dentro de la tierra como un río de cadenas.
Vienes volando, vienes volando, padre del verso innúmero
que cerealmente llama a horizontes y ventanas.
Vienes volando, Pablo, abierto, negativa de tumba,
afónico de tanto grito de azucena cabizbaja.
Más allá del vinagre y los tristes notarios,
hecho fénix furioso de febril cabalgata,
vienes volando, vienes volando hacia el vino de los orígenes,
hacia espigas que inclinan su peso enamorado
en mi corazón lacustre.

¡Vienes volando! Cae el hombre. Y siempre ardes, poeta
que atraviesas la niebla por el puente del apio.

Te digo que vienes volando: no quiero que te vuelvas
para contemplar con tu boca tanta sombra de uniforme.
Vienes, vienes volando hacia el rayo románico
y el ángel acostado de unos Pirineos de sueño.
Vienes volando, amoroso, pesado de cumbre volcánica,
con alas de hacha jaspeadas de aurora.
Más arriba, más abajo, entre floridas núbiles,
martillos, mimosas, estrellas, cantos ferroviarios,
vienes volando empujando la lentísima troica
del sol de todos los pueblos.
Vienes volando haciendo silbar tus hondas sinfónicas.

Canta un pájaro. Nocturno. Vienes volando. Baja. Escucha.
Vienes volando. Tu sombra entra con rumor de vida
en la erguida retama. Deja el vuelo entre los tréboles
y vamos a compartir el pan y el plenilunio.
Vienes llorando. ¡Oh hermano de las lanzas unánimes!
Vienes lloviendo elegía e hilada herencia,
mientras te quitas la armadura rayada de desastres.
Siéntate en esa piedra, no de tropiezo: de espera.
La noche ya descubre tu próxima desnudez:
seguiremos escribiendo, debajo del olivo,
las tablas de la luz...